

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Blanca Cano González

“Sin habla”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 64, abril-junio de 2023, pp. 25-26.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

SIN HABLA

Blanca Cano González



La una y la otra saben mirarse después con la satisfacción de haber escogido a la mejor de todo el conglomerado estudiantil para pasar estas horas sentadas en el escalón frío del patio. Tienen que pasar en coche por una de ellas, y la otra se irá a casa después, andando. Vive cerca.

Entre dos pilares de casi cuatro metros de alto, de un cemento grueso cada vez más oscurecido por la noche que va llegando, están sentadas las dos. Falda corta, sandalias, piernas juntas inclinadas con el decoro de señoritas educadas, pero hay algo que les delata la edad. Como son niñas todavía, sus rodillas no son tersas ni relucientes sino plomizas y con pequeños granitos que se van rascando al hablar.

La actitud mundana y el miedo recogido en un silencio. Tendrán dieciséis o diecisiete años y dos vidas por delante.

La una habla de las trivialidades del día y la otra escucha mirándole el cabello brillante bajo la luz. Y aun cuando todos esos pormenores no son ni siquiera dignos de escribirlos aquí, la otra tiene que reconocer la fascinación que siente al oír todo aquello. Después responde la una que lo mismo le pasa a ella. Entonces se desgrana una historia gemela que despierta el encanto de la otra. Por eso la otra se plantea la pregunta de por qué su novieci-

to no le apasiona de este modo.

Apenas ayer había estado besándose con él y lo cierto es que el pobre no sabía hacer, con la boca, algo mejor que eso. Besar. Porque al tratar de contar algo él siempre revuelve los planteamientos con las conclusiones, y los sucesos se vuelven una masa ininteligible de formas verbales. Ella solía mirarlo con tanta impaciencia que sus discursos terminaban en una gotera de monosílabos. Ya cortó con él. No podía más.

La otra estaba suspendida en el relato de la una, un relato de hilos maravillosos e hipnóticos. Sabía ocultar elementos para ofrecerlos después a la gula curiosa de su compañera y terminar en una estrepitosa carcajada las dos, mostrando los dientes limpios y cerrando los ojos felices.

La una y la otra saben mirarse después con la satisfacción de haber escogido a la mejor de todo el conglomerado estudiantil para pasar estas horas sentadas en el escalón frío del patio. Tienen que pasar en coche por una de ellas, y la otra se irá a casa después, andando. Vive cerca.

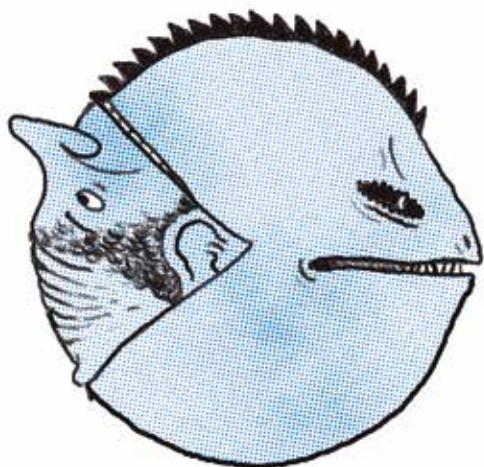
Los pilares tienen un radio de casi un metro en la base y sostienen en la parte superior una placa de cemento armado donde ha caído la noche por completo.

La una siente frío y la otra se le acerca. Las dos tienen olfato agudo y un aroma delicado. En este silencio breve respiran la identidad de la otra y entrecierran los ojos. La una contempla las manos delicadas de la otra. Las manos que ahora están juntas posadas sobre las rodillas. Una de ellas lleva un anillito de plata.

Y aquí es donde aparecen en la plana los garabatos ilegibles de unos jóvenes que se gritan mutuamente. Cruzan en diagonal el patio cargando una enorme caja de madera donde llevan cosas desde la cancha deportiva hasta el almacén. Algo dicen. Uno de ellos va vestido con un traje negro y una camisa impecable. Los otros llevan cualquier cosa, pero uno ha sido maestro de ceremonias esta tarde y va bien peinadito con sus zapatos limpios. Una le dice a la otra, mira, se parece a un actor italiano y la otra está de acuerdo y le brillan los ojos cuando sigue viendo al guapo de la escena ignorando a los cargadores.

Y es entonces que, mientras una contempla, la otra se inclina

Le asombra la osadía de su amiga que apenas ayer cortó con su novio y ahora ya está preparándose para el siguiente. Le asombra, e incluso le escandaliza, pero le encanta tener una amiga que seguro que tendrá una vida de novela. Seguro que será artista y este momento será registrado en una historia con tintes literarios.



hacia atrás con los brazos firmes. Es como el movimiento de alguien que se recuesta al tomar un baño de agua caliente reclinando la cabeza en el borde de la bañera. Dirige la frente hacia el cielo dejando colgar el pelo suelto, sonríe con delicia levantando el pecho hacia el frente y suspira levemente. La otra ve el movimiento sutil de la blusa de su amiga y se olvida del tipo que pasa. Ella va a decir algo desde esta postura cinematográfica.

Este –dice mordisqueando las palabras–, va a ser mío.

La otra se ha quedado suspendida en el asombro porque no sabe leer el futuro, porque se atreve a pensar en que será cierto, porque le asombra la osadía de su amiga que apenas ayer cortó con su novio y ahora ya está preparándose para el siguiente. Le asombra, e incluso le escandaliza, pero le encanta tener una amiga que seguro que tendrá una vida de novela. Seguro que será artista y este momento será registrado en una historia con tintes literarios.

Y cuando se escriba esa historia, las dos aparecerán como protagonistas abajo de esta lámpara que cuelga de un cable entre los dos inmensos pilares de cemento. Esta noche en la que esperan un coche que no llega. Es la noche en que una de las dos ha dicho que atrapará a un hombre, habrá de abrazarlo, empiernarlo y dominarlo hasta saciarse. Y la otra escuchará las historias para contárselas después a sus nietos. Aunque lo más probable es que no se atreva.

Después de esa frase tan atrevida, la otra sostiene la vista

en los ojos de su amiga. Le gusta imaginarla haciendo el amor con ese que ya parece todo un hombre y que marcha por el patio dando más órdenes a los demás.

Le mira los labios frescos y la otra sostiene la actitud de libertina contestando la mirada, mordiéndole los pensamientos y avanzando en la fantasía donde los botones de las blusas se van abriendo solos, sin tocarlos.

Se acerca para decirle algo al oído, pero solo quiere retarla despertando sus sentidos. Las dos se han tenido celos, y las dos han cobrado venganza dominándose mutuamente, sabiendo cómo se siente ser la otra.

El conserje apaga la luz después de un día tan largo. Ha llegado el momento de salir a la calle a ver si ya está el coche.

Pero la falta de luz sostiene la tensión del aliento cerca del oído, de la boca que no se atreve a hablar. El corazón late tan fuerte que la boca se ahoga.

La una toma la rienda con la mano izquierda y acerca los labios pero no se tocan. Lo cierto es que ha terminado la escena entre los dos pilares y ni la una ni la otra sabrían explicar qué está pasando adentro. **LPyH**

Blanca Cano González (Chihuahua, 1959) obtuvo másteres en Filología y Educación en la Universidad de Ámsterdam. Es profesora en la Hogeschool Rotterdam. Publicó con Martha Faë *Literatura juvenil contemporánea en España* y diversos relatos en Países Bajos, donde vive actualmente.